

CAPITULO XLI.

Las circunstancias.



A hora de la expiacion es ineludible.

Mentira parecerá á nuestros lectores, que han visto á Moctezuma en todo su apogeo, contemplarle ahora poseido de un profundo terror.

En tanto que Guacolando iba á hacer nuevos conjuros para saber la voluntad de los dioses y aplacar su enojo, el emperador de México veia aparecerse á su imaginacion la ensangrentada cabeza del soldado español que le habia presentado Zimpazin.

Su consternacion era inmensa.

¿De qué medios se habia valido para destruir á aquel hombre, que como los demas españoles era inmortal?

Si como pensaban él y los suyos, los españoles eran descendientes de Quezalcoal, haberle sacrificado de aquella manera constituia un verdadero sacrilegio; y si los dioses estaban irritados contra él y contra su pueblo, ¿qué no sucederia entónces, despues de haber sacrificado de una manera tan inicua á un hombre á quien debia considerar como semidios?

Y el valiente guerrero, el hombre audaz, el tirano que llevaba por millares las víctimas al templo de Huitzilopoztli, se estremecia al pensar lo que podria ocurrir si llegaban los españoles, y sobre todo su jefe Hernan Cortés, á saber aquel atentado.

—¿Qué haré? decia. ¿Cómo ocultar á sus ojos este ensangrentado trofeo?

¿Cómo impedir que llegue á su noticia el horrible atentado que han cometido mis vasallos?

Y si lo sabe, dudará de mi amistad; y dudando de ella, tendrá derecho para esgrimir sus armas contra mí, para esclavizar mi pueblo.

Estas ideas le horrorizaban.

En vano la emperatriz Miazochil y su hija Temixpa intentaron varias veces entrar en su morada para saber la situacion en que se hallaba.

Siempre se negaba á recibirlas.

—Dejadme estar solo; no quiero ver á nadie; sufro mucho, contestaba á los emisarios que su esposa y su hija le enviaban, pidiéndole licencia para entrar á verle.

Casi al mismo tiempo que conferenciaba Zimpazin con Moctezuma, llegó uno de los soldados tlaxcaltecas que vivian en las afueras de la ciudad, hasta el palacio en donde moraban los españoles.

Hernan Cortés y sus capitanes, al salir de la audiencia habian ido á recorrer los alrededores de la ciudad, y el de Tlaxcala solo encontró á Marina.

Marina le oyó con asombro, y le rogó que no se fuese hasta que volviera Hernan Cortés.

Cuando tornó con sus capitanes, le llamó aparte, y le dijo: —Acaba de llegar al campamento de los tlaxcaltecas un zempoal enviado por el cacique nuestro aliado. Las noticias que trae son muy tristes.

—¿Pues qué ocurre? preguntó Hernan Cortés.

Marina le refirió lo que habia sucedido y la triste situacion en que se hallaba Juan de Escalante.

Los que habian sobrevivido á aquella espantosa lucha, le remitian por medio del emisario una carta, que el tlaxcalteca le entregó.

En ella contaban á Hernan Cortés con todos sus pormenores los episodios de la batalla que tan fatal les habia sido, y al mismo tiempo le noticiaban la grave herida que habia sufrido Juan de Escalante y la muerte de seis soldados.

Le participaban tambien haber hallado el cuerpo de Juan de Argüello, sin que hubieran podido encontrar su cabeza, por más minuciosas pesquisas que habian hecho.

Este contratiempo no desanimó á Hernan Cortés.

Mandó al tlaxcalteca que se volviera á su hospedaje, y convocó á los capitanes para una junta, que se celebró aquella misma noche con el mayor misterio.

Solo los capitanes y el misionero fray Bartolomé de Olmedo asistieron á ella.

Apénas estuvieron reunidos les dió cuenta de las noticias que acababa de recibir, y al notar en su rostro el desaliento:

—No os desanimeis, dijo. ¿Quién sabe si la Providencia ha querido de esta manera proporcionarnos los medios de realizar nuestra empresa?

Reflexionad todos sobre la situacion en que nos hallamos.

Yo tomaré algunas medidas, y mañana, despues de haber meditado bien acerca de lo que deberemos hacer, volveremos á reunirnos para tomar una resolucion definitiva.

Marina que estaba satisfecha del triunfo que habia obtenido logrando que Guacaleinla hubiera partido de México, y que su esposo Guatimotzin sofocase el naciente amor que se habia despertado en su alma, inspirado por Hernan Cortés, conociendo como conocia los recursos con que contaba Moctezuma, al enterarse de lo que habia pasado en Veracruz, se olvidó de sí propia, de sus celos, del martirio que sufría al ver que Hernan Cortés, por quien tantos sacrificios habia hecho, dominado por la ambicion, casi tenia olvidado el cariño que tantas veces le habia manifestado, y le dijo:

—Si quieres seguir mi consejo, averigua si es cierto que sabe

Moctezuma la lucha que ha tenido lugar entre los españoles y sus soldados.

—¿Y de qué modo?

—Si quieres encargarme esa mision yo la desempeñaré.

—¿Piensas abandonar nuestra morada? A estas horas podria infundir sospechas tu presencia en las calles de México.

—No necesito salir yo para averiguar esas noticias.

—¿De quién piensas valerte?

—Entre los indios que el emperador Moctezuma ha puesto á tu servicio, hay uno que nos ha tomado gran afecto.

Ilbialbi tiene una idea tan grande de tu superioridad, que se dejaria matar por tí.

En el poco tiempo que está á nuestro lado, he podido conocer que es leal, y de él voy á valerme para que averigüe si ha llegado algun emisario de Zempoala, y si, como presumo, la cabeza de Argüello, que no han podido encontrar nuestros hermanos, ha sido ofrecida como un trofeo al emperador.

—Ademas, añadió Hernan Cortés, es preciso saber qué opinion tienen de nosotros los mexicanos.

Preocupados estos días con los festejos á que hemos asistido, no hemos tenido ocasion de estudiar al pueblo.

—Ya has visto el efecto que produjeron en él los disparos de los arcabuces.

—Quien sabe si eso le ha ofendido.

—Yo lo averiguaré.

Marina salió á ejecutar el plan que habia concebido, y Hernan Cortés quedó solo en su estancia.

Necesitaba estar solo para meditar con toda la calma y la prudencia que el caso requería, acerca del partido que deberia tomar para no perder lo ganado y realizar sus planes.

La estancia que ocupaba Hernan Cortés era, como nuestros lectores presumirán, la mejor del palacio.

Solo una puerta abria paso á ella.

Enfrente de la puerta habia dos grandes rejas con vistas á un jardin.

Las paredes de la estancia estaban forradas de una tela de algodón con listas de un encarnado muy vivo.

Anchas pilastras parecian sostener el techo, y adornaban la habitacion con toscas esculturas que los artifices indios habian hecho en la madera.

Hernan Cortés parecia resuelto á jugar el todo por el todo.

No desconocia la influencia que habia adquirido sobre Moctezuma.

Por otra parte, á pesar de la grandeza y ostentacion con que se habia presentado á sus ojos la ciudad del emperador, no dejaba de conocer que el prestigio que él y sus soldados habian adquirido bastaria para que se pusiera á su lado la fortuna, si llegaba el caso de que las armas tuvieran que decidir la cuestion.

Pero al mismo tiempo comprendia que la empresa era muy arriesgada.

No podia contar entónces con los tlaxcaltecas ni con los zempoales, que vivian alejados de él, y que por la configuracion de la ciudad y los canales que formaban las calles, se veian en la imposibilidad de prestarle ayuda.

Si se decidia á presentar la batalla, todas las probabilidades eran de que el crecido número de los soldados de Moctezuma quebrantasen sus fuerzas.

No tenia más elementos para triunfar que la fortuna, que le habia otorgado hasta entónces demasiados favores para creerse con derecho á pedirle nueva gracia.

Combatido por tan encontradas ideas, pasó en la soledad más de cuatro horas.

Era ya muy entrada la noche, cuando oyó en la puerta de su aposento dos golpecitos.

Fué á abrir, y halló á Ilbialbi, el siervo mexicano que tanta confianza inspiraba á Marina.

CAPITULO XLII.

Un confidente y un tesorero.

HODRIA tener el mexicano unos veinticinco años.

Estaba, á pesar de su corta edad, sumamente desarrollado y revestido con todos los caracteres de la fuerza y del vigor.

Habia, sin embargo, en sus ojos algo que contrastaba con su aspecto rudo y salvaje.

Al verle no podia ménos de adivinarse en su mirada un alma fiel, una abnegacion á toda prueba.

Como no hablaba el español, y Hernan Cortés tampoco entendia el idioma del indio, llamó á Marina para que fuese como siempre su intérprete.

A las preguntas que le dirigió el caudillo español, contestó en estos términos:

—He averiguado que ha llegado ésta tarde el hijo de Qualcopoca con seis soldados de los que sirven en Zempoala.

Su venida ha llamado mucho la atencion, y más que nada un objeto que, cuidadosamente cubierto, llevaba uno de los soldados.

Algunos servidores del emperador me han dicho que este objeto es la cabeza de un español.

No habia duda.

Moctezuma sabia lo que pasaba: debia presumir que los españoles no lo ignorarian, y si despues de saberlo no tomaban una determinacion violenta, se desprestigiaban á sus ojos.

—¿Qué idea tiene formada el pueblo de nosotros? preguntó al indio Hernan Cortés.

—El pueblo mexicano os admira y os venera al mismo tiempo, porque ve las atenciones que os dispensa su monarca.

—¿Y los nobles?

—Los nobles temen algo.

Un siervo amigo mio ha oído hablar de la necesidad de destruir los puentes de las calles, y no hay duda, este deseo es inspirado por el temor de que tarde ó temprano abandoneis la actitud pacífica que teneis para luchar con nosotros.

—Y si tal hiciera, ¿qué piensas tú que sucederá?

—Pienso, señor, que alcanzaríais el triunfo.

—¿Tú nos estimas, Ilbialbi? le preguntó Hernan Cortés.

—Os profeso una veneración mucho mayor que todos mis hermanos.

—¿Y cuál es la causa de ese afecto?

—El natural prestigio que ejercéis sobre todos, y al mismo tiempo el beneficio que vais á dispensarme.

—¿A tí?

—Sí.

—Explicáte.

—Para eso necesito confiaros una historia.

—Habla.

—¿Creeis que por hallarme al servicio de Moctezuma, repuso Ilbialbi, le amaré y le respetaré como todos los que se encuentran en idéntico caso?....

—Natural sería que eso sucediera....

—Y sin embargo, vos, que sois generoso, ¿seríais leal con el hombre que os hubiera condenado á la desgracia?

—¿Moctezuma ha causado tu desventura?

—Sí, gran señor. Se prendó de mi madre, y por no haber querido acceder á sus infames deseos la condenó al sacrificio.

Yo era muy niño aún, y sin embargo, comprendí todo lo horrible de su crimen y juré vengarme de él.

Consagrado á mi venganza, pude conseguir un humilde puesto entre los servidores del emperador.

Aguardaba el momento de cumplir la misión que me habia impuesto; pero siempre temia, porque ántes de que vinierais á este país, solo la presencia de Moctezuma horrorizaba á los que le veían.

Sin saber por qué, abrigué la esperanza al saber vuestra llegada de que me vengaríais, y he hecho todo lo posible para que me destine á vuestro servicio, seguro de que podré seros útil al mismo tiempo que cumplir mi juramento.

—Y si fuera cierta tu creencia, dijo Hernan Cortés, si yo castigase á ese hombre que tantos crímenes ha cometido, que tantas víctimas ha hecho, si tal hiciera....

—Si tal hicierais os bendecirían los mexicanos, le dijo el indio.

Ahora empiezan á compadecerle, porque desde que habeis llegado es otro.

Su rostro ha perdido la energía, el vigor con que ántes nos amedrentaba.

Hoy podemos fijar nuestros ojos en él sin temor de que considere esta acción como un desacato.

El pueblo cree, y yo también, que sois los descendientes de un rey que hubo en México, que deseoso de instruirse, nos abandonó para ir á otras naciones más cultas y más ricas que la nuestra.

La raza de Moctezuma le usurpó su trono.

Natural era que un día se vengase el rey destronado del usurpador.

Ese día ha llegado ya. Vos sois el instrumento de su venganza, y yo estoy dispuesto á ayudaros en todo, sacrificando si es preciso mi propia vida.

Hernan Cortés consideró como una nueva promesa de su suerte aquella inesperada declaración.

—Pues bien; desde este instante eres mi confidente. Yo premiaré tus servicios; pero es preciso que yo sepa todo lo que pasa en palacio, todo lo que pasa en México.

—Descuidad, señor.

—Si me haces traicion, sufrirás un horrible castigo.

—Para demostraros cuáles son mis deseos, voy á haceros una revelacion, que no he hecho á nadie.

—Habla.

—El padre de Moctezuma era avaro. Atesorar riquezas era su mayor delicia.

Solo un hombre conocia sus secretos, porque era su confidente: ese hombre fué mi padre.

Cuando murió el rey avaro, quedó oculto su secreto.

En esta estancia encerró la mayor parte de sus riquezas.

Moctezuma ignora que estén aquí.

Yo solo lo sé, y confesándoos este secreto, quiero hacer mérites para que os convenzais de mi lealtad.

Inmediatamente Ilbialbi se acercó á una de las pilastras próximas á la puerta, la empujó con fuerza, y arráncandola dejó franca una abertura.

—Seguidme y os convencereis de lo que os digo, añadió, cogiendo una tea que ardia en la estancia.

Hernan Cortés y Marina le siguieron.

Bajando unos cuantos escalones, se hallaron en una habitacion subterránea, en la que habia innumerables joyas, que reflejaban al resplandor de la luz.

—Todo eso es vuestro, dijo Ilbialbi. ¿Dudais de mí?

—No, exclamó Hernan Cortés. Yo te ofrezco si eres leal re partirlo contigo y labrar tu felicidad.

—No deseo más que vengarme del tirano.

Ilbialbi se retiró.

Hernan Cortés dijo á Marina:

—Es necesario que todos ignoren este secreto, y al mismo tiempo es indispensable que paguen los mexicanos el ultraje que han inferido á mi soberano en las personas de sus súbditos.

Algunas horas despues convocó de nuevo á los capitanes, para darles cuenta de lo que habia averiguado y tomar una resolucion.

El consejo que celebraron fué decisivo.

Nuestros lectores van á asistir á él.

